



Universiteit
Leiden
The Netherlands

Latinyorks: Primera, intermedia y segunda generación de (in)migrantes latinoamericanos en la ciudad de Nueva York

Narvaez Gutierrez, J.C.

Citation

Narvaez Gutierrez, J. C. (2015, October 15). *Latinyorks: Primera, intermedia y segunda generación de (in)migrantes latinoamericanos en la ciudad de Nueva York*. Retrieved from <https://hdl.handle.net/1887/35901>

Version: Corrected Publisher's Version

License: [Licence agreement concerning inclusion of doctoral thesis in the Institutional Repository of the University of Leiden](#)

Downloaded from: <https://hdl.handle.net/1887/35901>

Note: To cite this publication please use the final published version (if applicable).

Cover Page



Universiteit Leiden



The handle <http://hdl.handle.net/1887/35901> holds various files of this Leiden University dissertation.

Author: Narváez Gutiérrez, Juan Carlos

Title: Latinyorks: identidad cultural y asimilación de los (in)migrantes latinoamericanos en Nueva York

Issue Date: 2015-10-15

Conclusiones

En las trayectorias de vida de los jóvenes (in)migrantes analizados a lo largo de esta tesis, se observaron tres dimensiones para su inserción (territorial, social y cívico-cultural) a la sociedad huésped y su correlato en la configuración de identidades e identificaciones ad hoc. Las continuidades y las diferencias que se observan de acuerdo al origen étnico y la generación de adscripción han sido descritas y analizadas en los capítulos anteriores a fin de constituir un aparato comprensivo para aprehender las estrategias objetivas y subjetivas de las formas en las que se insertan los jóvenes (in)migrantes a las sociedades de recepción.

Metodológicamente analizar de manera integral la inserción de los jóvenes (in)migrantes ha permitido comprender cómo construyen sus identidades y repertorios culturales en el contexto de (in)migratorio de la ciudad de Nueva York.

Los avances que han tenido las investigaciones en torno al fenómeno migratorio tanto en México como en el mundo han permitido recoger de diversas investigaciones, evidencias y pistas metodológicas tanto cuantitativas como cualitativas que han dotado a esta tesis de insumos, herramientas micro y etnográficas y dispositivos interpretativos para acercarnos a las sociedades que reciben (in)migrantes así como conocer las vidas e itinerarios cotidianos y los futuros que pueden desarrollar como (in)migrantes en una sociedad urbana y anglosajona (Ariza, 2012; Heyman, 2012).

El cuerpo teórico y empírico que sostiene esta tesis permite analizar a los (in)migrantes mexicanos y dominicanos -establecidos en escenarios urbanos y globales- como sujetos que experimentan de manera diferenciada su inserción a la sociedad de recepción de acuerdo a su origen étnico; su edad de llegada a la sociedad de (in)migración; su condición migratoria; su espacio residencial y laboral; y sus expectativas culturales.

Se desarrolló una mosaico de narrativas que metodológicamente permiten enunciar y distinguir la heterogeneidad de voces de jóvenes

(in)migrantes quienes situados en la ciudad de Nueva York, construyen sus identificaciones *ad hoc* a tiempos y espacios específicos pero que aparecen y se desarrollan en la realidad de manera simultánea, incluso casi imperceptiblemente. Así también la narrativas se dan cuenta de una serie de imaginarios que sirven a los sujetos (in)migrantes como caja de herramientas para significar los objetos, las acciones y los sentimientos de su día a día.

1. Los paradigmas de la inserción en contextos (in)migratorios

La Escuela Ecológica de Chicago observó en la (in)migración, las relaciones étnicas y raciales, y en la dinámica de la segregación socio-espacial, los condicionantes o imposiciones objetivas para la asimilación de los (in)migrantes. Los factores de competencia étnica y el reacomodo social en contextos urbanos con alta recepción de población (in)migrante y étnicamente minoritaria (Colín, 2009) han configurado nuevas interpretaciones del ser étnico y racial en el contexto anglosajón, las ideas *per se* de raza y etnia, así como las por relaciones culturales, históricas que las constituyen: las *racial relations*, su sistema social, y las interacciones entre los grupos (Wieviorka, 1992), en contexto de esta investigación se desdobl原因 y conducen a múltiples interpretaciones del ser “étnico” y por ende el “deber ser (in)migrante” y el significado de su asimilación.

¿Cómo se forman las fronteras étnicas (dominicanos y mexicanos) y entre generaciones contemporáneas en un contexto de (in)migración? ¿Se trata sólo de la representación subjetiva de un vínculo sanguíneo o fraternal, o se delimita objetivamente respecto a los demás grupos en virtud de un vínculo comunitario o nacional? ¿La cultura étnica (in)migrante define profundamente el núcleo y los “ways” hacia la asimilación o es sólo un punto de estabilidad que acompaña al individuo en su ruta biográfica? En el contexto de este estudio la etnicidad figura como elemento primordial y este subsume otros ámbitos y roles de los sujetos hacia la (in)diferencia cultural.

En esta investigación la observación como estrategia de análisis hacia los modos de inserción de los (in)migrantes jóvenes en las sociedades

huésped sirve no sólo como un medio para entender la formación de identidades territoriales, laborales o culturales, sino para descubrir la multiplicidad de vínculos que se tejen entre los jóvenes (in)migrantes cual sea su generación de adscripción (in)migratoria.

La (in)migración contemporánea incorpora elementos de geografías sociales disímbolas, creando un mapa de prácticas y sentidos donde nunca queda muy claro dónde comienza el ahora y el después, dónde inicia el hecho, el recuerdo o la interpretación de la realidad cotidiana de la diáspora, de ahí que trazar los cambios en los perfiles y la dinámicas de los jóvenes (in)migrantes, es casi un imposible, más cuando se trata de asir diversas identidades étnicas, generaciones y de género.

En este manuscrito se presenta en cada uno de los capítulos socio-históricos y empíricos una serie de pistas y puntos teóricos, mismos que se han colocado estratégicamente para unir y tejer un entramado conceptual para desarrollar un diálogo entre el hecho social y la realidad misma, entre los teóricos y los estudios de la (in)migración y los sujetos (in)migrantes.

¿Existen puentes entre la acción de inserción y la identidad? En el hacerse (in)migrantes los sujetos aprehenden a eslabonar y conducirse entre las dimensiones de lo concreto y lo abstracto, lo real y lo imaginario, lo cotidiano y lo extraordinario, de manera que al tratar de analizar y reflexionar con ellos sobre su inserción en el contexto de (in)migración neoyorquina, no sólo los llevó cuestionar su estar, vivir y trabajar como (in)migrantes, sino a preguntarse hasta qué punto ellos, ¿son huéspedes o residentes en la sociedad de recepción?

¿Es el (in)migrante en lo individual, el único responsable de su inserción? Tanto los jóvenes (in)migrantes dominicanos como los mexicanos, se valen de estrategias similares para su inserción en la sociedad huésped; tanto en su hacer individual como colectivo, no son las estrategias lo que los diferencia en su camino hacia la inserción territorial, social o cívico cultural, sino las rutas, los actores, los valores y jerarquías que otorgan a los mismos elementos. Por ejemplo, el valor que dan a la educación es totalmente distinto entre una y otra comunidad, y dentro de la comunidad entre las generaciones

de adscripción. Desde la obra clásica de Park hasta la de Alba, Nee y Foner, e incluso estudios más noveles como el de Kazinitz, Hoffnung-Garskof, o de Genova, las ideas sobre fallas, vacíos, dificultades o choques en el proceso de asimilación ortodoxa han sido recurrentes en la literatura de las ciencias sociales de Norteamérica, sin embargo, en el contexto actual, donde es difícil hablar de un *mainstream*, hablar de un sólo camino o *way* hacia la asimilación resulta difícil de entender dado que, la sociabilidad de las comunidades de (in)migrantes se da en contextos de alta pluralidad donde la convivencia interminoritaria y multiétnica marcan el camino, los deseos, las opciones e incluso las decisiones y el matiz de ellas, sobre el nivel o modo de asimilación al que se desean adherir los grupos de (in)migrantes, a sabiendas que se trata de sociedades de recepción, que son globales, neoliberales y por ende, bajo todos los esquemas, desiguales y de alto riesgo (in)migratorio (Heyman, 2013).

El desarrollo de este estudio, resultó útil entender los múltiples modos en los que se incorporan los migrantes (individual o colectivamente) así como observar las formas de inserción que toman como decisión los (in)migrantes - ya sean de corto o largo arribo e independientemente de las generaciones de pertenencia- y saber cómo subjetivamente realizan su poder de agencia en la sociedad global que participan. Si marginal o cultural la representación cotidiana de su poder de acción social, económica y política, sin duda les dota de membresía y por ende, de derechos sociales.

A través del tiempo y las generaciones, la asimilación y la aculturación como paradigmas “de hecho”, pierden primacía, reafirmando a las sociedades contemporáneas como constructoras de dinámicas y configuraciones identitarias que lejos de un determinismo nacionalista no terminan de configurar una sola forma de adscripción, incluso las que inicialmente se saben totalmente constituidas, no son intocables e inamovibles: finalmente nuevas formas de “ser” (in)migrante, latino, hispano y ciudadano se gestan en el contexto (in)migratorio actual (Oboler, 1996). En esta tesis, se le ha concebido al sujeto (in)migrante como agente y elemento, fondo y forma, parte y todo transformador de los social objetivo y subjetivo, de lo concreto y

simbólico de sus itinerarios cotidianos, ello ha permitido el diálogo horizontal, abierto, profundo, sin límites, sensible.

En la actualidad, lo que observa esta investigación, en cuanto a la controversia sobre el discurso en torno a la posición *-sub y per se-* de inferioridad del (in)migrante frente a la sociedad dominante, discutida desde los años veinte por la Escuela de Chicago, toma nuevos significados, y formas como acción de interpenetración y fusión donde el (in)migrante a través de sus propias estrategias, recuerdos e historia da sentido a su experiencia de presente, vinculando por ejemplo, la vida cultural del presente urbano y el pasado rural, creando un campo en común: formación de micro-sociedades, enclaves y *ghettos* étnicos de alta adscripción e identificación (in)migrante, e incluso mixtos.

La creación de una Quisqueya Heights, los múltiples Little Méxicos o las Latino Américas chiquitas en Nueva York, hacen innegable la existencia y permanencia de una segregación (in)migratoria Norteamérica. Una segregación socio territorial -con base en la clase y la raza- que prácticamente está normalizada y es observable en más de un ámbito social: escuela, hospital, trabajo, etcétera. Sin embargo, también es imposible negar la participación y la reproducción cultural que tiene el (in)migrante en esta dinámica de segregación en las grandes urbes, incluso positiva en algunos ámbitos como el de la economía étnica.

La intervención urbana del (in)migrante en el enclave es por un lado, efecto de la segregación, y por otro, es un espacio que dota de arraigo a la comunidad convirtiéndose en el escenario donde algunas aspiraciones individuales y colectivas se materializan en la pertenencia y el reconocimiento a un grupo y a un territorio que define su personalidad y su papel en la sociedad.

Portes y Zhou (1993) y otros, han analizado algunos patrones que se reflejan en este estudio, sin embargo, la visión de estos autores se antoja un poco pesimista frente a lo que refleja este trabajo. Ellos, caracterizan la participación de los (in)migrantes bajo un esquema de asimilación segmentada, que en este caso se observa y desde su aparato de

interpretación no se niega, sin embargo, no es necesariamente un patrón generalizado a todos los jóvenes (in)migrantes y a todas las generaciones, ya que, en caso del grupo de los dominicanos de segunda y generación intermedia, tanto en su dimensión territorial y laboral-escolar muestran cierta tendencia hacia arriba, y no un estancamiento en su incorporación al sistema estadounidense.

Más allá de buscar reglas generales para todas las comunidades de (in)migrantes latinos en Estados Unidos, otros trabajos como el de Tellez y Ortiz (2008) muestran que comunidades ya muy establecidas de mexicanos en otras áreas del territorio norteamericano, en su tercera y cuarta generación se logran observar profundos cambios alrededor de sus patrones de incorporación, transformaciones asociadas tanto a las condiciones de inserción residencial, escolar, laboral, cultural y cívica.

En los relatos de los jóvenes (in)migrantes dominicanos y mexicanos de las generaciones primera, intermedia y segunda, se observan algunos patrones y variables que marcan el destino así como el diseño de los futuros de las trayectorias (in)migrantes y sus comunidades, tales, como la posición de la familia en el contexto (in)migratorio, la condición o el estatus migratorio, el objetivo -trabajo o educación, aventura o inversión para el retorno- y la temporalidad de la (in)migración.

El caso de análisis de los jóvenes (in)migrantes de origen mexicano en Nueva York es una buena ventana para observar los cambios en su dinámica de inserción, ya que siendo una comunidad de reciente arribo en la ciudad, y a pesar de que aún no logra institucionalizar todos sus espacios de participación, como si lo han hecho los dominicanos, ha generado fuertes mecanismos y espacios -económicos, sociales, culturales y cívicos- para incorporar a los miembros de su diáspora a la sociedad de recepción en términos amplios, así como a las micro sociedades que se crean como pequeños enclaves o Little Méxicos de la ciudad de Nueva York.

2. Identidad e identificación *ad hoc*

En una idea compleja de identificaciones (in)migratorias, ser minoría define una posición que marca el paso y la relación de bienestar o malestar frente a lo nativo, la distancia entre el grupo étnico y la sociedad huésped.

Elías Canetti (1993), en *Masa y Poder* habla del “temor a ser tocado”; el (in)migrante y el nativo también temen a ver transformada su cultura profunda e interiorizar en su estética personal aquellos rasgos que lo pueden vincular con uno u otro. Lo mismo se expresa en la movilidad del sujeto (in)migrante al interior de la ciudades⁷⁶, su temor a ser tocado, visto o vulnerado se manifiesta en la estrategia permanente de no andar, estar e incluso vivir sólo.

Empíricamente se ha observado que de un distrito a otro, de un barrio a otro o de un *block* a otro *block*, el (in)migrante sólo o en comunidad siempre trae consigo ese *little* espacio del origen étnico, el cual se traduce en un movimiento por el que fluye y se dispersa el individuo, la comunidad y su etnicidad: replicando y transmitiendo en el espacio su “ser y hacer” una cultura amplia que produce la cultura del (in)migrante en territorio ajeno (Portes y Zhou, 2003; Schiller, 1998).

El “yo o el self” del (in)migrante latinoamericano sólo adquiere sentido en los Estados Unidos, frente a los otros que a su vez se saben afroamericanos, nativos blancos americanos, italianos, rusos, chinos o japoneses; no así en las naciones de adscripción. ¿Qué ocurre cuando se devela el significado de lo “latino” como concepto racial? (Oboler, 1996) Dentro del concepto se incluye lo mismo a mexicanos, dominicanos, salvadoreños, ecuatorianos, colombianos, hondureños, haitianos, una gama extensa de nacionalidades y culturas que si bien algunas son hispano

⁷⁶ Mike Davis (2000) sostiene que un vacío de la teoría urbanística ha sido concentrar sus esfuerzos en entender cómo se reorganizan las ciudades en tanto son nódulos de orden global, sin embargo, a nivel microsocial han dejado de lado las dinámicas que se producen al interior de ellas, negligencia o falta de ideas señala, empero reconoce que la sociología y la antropología urbana se han encargado de desentrañar lo que producen los sujetos (migrantes o no) en los barrios en tanto reordenación y estética urbana.

hablantes, no realmente dado el alto grado de diferenciación étnica al interior de cada una de estas naciones. Si bien, los latinos frente a frente se distinguen unos de otros, por el color de piel, el cabello, la estatura, el acento, e incluso el idioma, como latinos, son sólo una amalgama social y demográfica que el resto social expresa en singular y no por su multiplicidad (Kasinitz et al. 2008). En el caso de esta tesis, tanto los (in)migrantes dominicanos como los de origen mexicano se saben y son conscientes de las diferencias sociales, culturales y políticas que tienen entre sí, pero también de las similitudes que como comunidad (in)migrante les hace aliados estratégicos en el campo de negociación de la ciudad de Nueva York.

El homologar étnicamente bajo la categoría de “latino” a la población (in)migrante que proviene de distintos puntos y horizontes culturales situados en Latinoamérica, indudablemente permite conceptualmente dislocar a los pueblos de su terruño, sin embargo, las comunidades, aún fuera de sus límites territoriales mantienen el sentido de pertenencia de su nación que lejos está de llamarse nación latina.

Aceleración del nomadismo, relocalización, prácticas e imaginarios fluyen sobre identidades nacionales que persisten a través de bordes territoriales y simbólicos (Duany, 2000). De acuerdo con Alba y Nee (2003), Estados Unidos vive un momento en el que las minorías étnicas, aun desde su horizonte de vulnerabilidad están alterando los límites étnicos y raciales de la sociedad nativa; la diversidad está permeando las clases medias y altas: educación y acción afirmativa son variables sobre las que se sostiene un argumento medianamente cierto de incorporación democrática (Tellez y Ortiz, 2008).

Con una nación multicultural como telón de fondo, se han explorado a lo largo de los capítulos algunas aproximaciones teóricas y empíricas que tienen como eje de análisis y discusión la (in)migración y los sujetos (in)migrantes. Desde el concepto ortodoxo de la asimilación hasta la tercera generación de los estudios de (in)migración transnacional. La vida cotidiana del (in)migrante, sus escenarios de inserción y su sentido, en concreto, las prácticas urbanas y procesos de reconocimiento, son objeto y sujeto

simultáneamente del discurso (in)migrante, su sentido y significado en el desarrollo de una vida, de un itinerario del día a día y una cultura e imaginario transnacional (Rosaldo, 1989).

Ser (in)migrante y joven implica una oportunidad de hacerse o diseñarse sobre el cruce cultural, bajo esquemas estéticos, identitarios, dispositivos y prácticas cosmopolitas e híbridas. La subjetividad migrante se expresa desde su malestar inicial e iniciativa de movilidad y, luego, ya circunscrito a un espacio y una temporalidad, deviene en disgusto por la deslocalización, para finalmente, entrar a un proceso de re-significación de sus formas de expresión, socialización y ser (Duany, 2002).

Los nuevos (in)migrantes están creando no sólo más enclaves étnicos, sino barrios poli-étnicos en los Estados Unidos. En Nueva York, en la ruta siete del tren, que corre de Manhattan a Flushing en Queens, se produce un crisol de presencias, a lo largo del recorrido y paralelo a cada una de sus estaciones se localizan y crecen barrios chinos, coreanos, colombianos, ecuatorianos, mexicanos, hindús, pakistanís y muchos otros más (Foner, 2009). El Chinatown de Queens localizado al final de la ruta en Flushing, ha sufrido una recomposición étnica, pasando de una concentración mayoritariamente asiática a una composición plural: la diversidad de contingentes provenientes de América del Sur, Asia y Europa se visibiliza cada fin de semana, cuando los campos del parque de Flushing son tomados por los (in)migrantes y sus Ligas deportivas, torneos multi-étnicos y corredores culinarios que se encargan de satisfacer la demanda multinacional con productos transnacionalizados. Estados Unidos dejó de ser una nación que sólo habla y comprende en inglés, por lo menos, en el contexto (in)migratorio actual.

La primera, segunda o generación intermedia de (in)migrantes son segmentos temporales que hablan de cómo los jóvenes son observados y diseñados por los otros y por sí mismos. A pesar de que hay una profunda identidad en los tres grupos generacionales tanto dominicanos como mexicanos; hay diferencias muy marcadas en torno a sus diseños identitarios, sus consumos culturales, su valoración sobre las instituciones como la

escuela y el trabajo, el uso del espacio público y otros campos sociales que los rodean. Sin embargo, no dejan de ser identidades construidas socialmente y reconfiguradas ad hoc a quienes los observan y asociadas a cada uno de los ámbitos a los que adscriben su vida cotidiana.

3. El imaginario transnacional y sus ecos sociales

Los escenarios de inserción en tres dimensiones -territorial, social, cívico-cultural- hablan de un plano social objetivo donde los sujetos (in)migrantes se realizan cotidianamente, lo que da pie para construir un segundo nivel análisis dónde se interprete el sentido de esa inserción como traductor de identidades e identificaciones sociales: individuales o colectivas.

Esto se ancla en la idea de que los sujetos (in)migrantes constituyen un imaginario transnacional como instrumento de significación: espacio en el que se configura la memoria y los referentes que dan significado a su vida diaria en una ciudad como Nueva York.

El imaginario no es la imagen de, sino la creación incesante y esencialmente indeterminada de formas e imágenes a partir de las cuales solamente puede referirse a algo. En otros términos, lo imaginario no representa en el sentido de, no necesariamente remite a algo real o sustituye una presencia. En consecuencia, la presencia se reconoce a partir de sus efectos, es decir por el peso que toma en la vida cotidiana social (Hiernaux, 2006:14).

Los (in)migrantes inventan formas de ser o pertenecer. Levitt y Glick Schiller (2004) al replantear la dimensión del esquema analítico del transnacionalismo, tratan de conjugar, complementar y mirar desde un paradigma de diálogo con los sujetos (in)migrantes, en la simultaneidad el imaginario transnacional, que no es otra cosa más que una herramienta cotidiana que los sujetos colocan dentro de sus marcos interpretativos para dar sentido a su inserción y a los elementos que se les presentan día a día.

Para un recién llegado o de generación intermedia de República Dominicana, Washington Heights, significa una capital simbólica de su

nostalgia, gracias a los traslapes de sentido, donde se busca comprender la realidad; a partir de esto se logra atraer de la memoria y la imaginación. Lo mismo ocurre con los jóvenes mexicanos, que refieren elementos provistos por un mercado “desde abajo” de productos culturales transnacionales que se ofertan en los subcentros o enclaves simbólicos en la ciudad de Nueva York.

La emergencia, la intensificación y la visibilidad de prácticas cada vez más permanentes entre algunos migrantes y sus regiones emisoras y receptoras. En la década de los noventa este escenario llamó la atención de las ciencias sociales, en las que se definió el fenómeno en términos generales como lo transnacional (in)migrante (Rouse 1991; Glick Schiller et al. 1992, 1995; Portes, Guarnizo y Landolt, 2003; Mahler, 1995; Smith, 1992, 1996).

A más de dos décadas de haber sido acuñado y difundido el concepto -más allá del ámbito académico- se puede pensar en tres generaciones de los estudios transnacionales enfocados a la migración: la primera, ubicada temporalmente sobre la primera mitad de la década de los noventa, se define por los trabajos de Rouse (1991) y Glick Schiller et al. (1992, 1995); la segunda, desarrollada a finales de la década, está definida por una serie de estudios más críticos y sustentados sobre bases teórico-empíricas más sólidas. Algunos representantes de este ímpetu transnacionalista son Alejandro Portes, Luis Eduardo Guarnizo, Luin Goldring, Sarah Mahler, Patricia Landolt, Robert Smith, Thomas Faist, Peggy Levitt y Ludger Pries, entre otros; y la tercera, aquella definida por el concepto del vivir transnacional, y la adhesión y/o continuación del análisis empírico sobre estructuras conceptuales como los circuitos, las comunidades, los espacios, los campos y las redes de migrantes entre otras desviaciones que constituyen el carácter de los estudios transnacionales comparados (Guarnizo, 2007; Castro, 2005; Narváez, 2007; Ariza y Portes, 2007).

Además de esta tipología, otros acercamientos también proponen y hablan de tres momentos en el análisis social de las migraciones desde la perspectiva transnacional: 1) el propuesto por la antropología cultural; 2) el que sigue la tradición del concepto de espacios sociales transnacionales y; 3)

el transnacionalismo como teoría de medio alcance (Kivisto, 2001).

Retomando evidencia de la investigación reciente en diversos campos de las ciencias sociales -antropología cultural, sociología, ciencia política y economía-, y una vez observadas las coincidencias entre Guarnizo (2003, 2007) y Kivisto (2001), en esta tercera fase de los estudios de (in)migración transnacional lo que podría definirse como su eje o sustento está marcado por el deslizamiento y las configuraciones del sentido de lo transnacional, donde el ir y venir como práctica concreta, permite difundir diversos espacios geográficos, sociales, económicos y políticos, se vuelve el lugar común, y es en la búsqueda de esos “otros ecos” donde resemantiza lo (in)migratorio transnacional, sea en el micro, el macro o el meso nivel (Levitt y Glick Schiller, 2004)

Siguiendo esto, y de acuerdo con la tipología que nos ofrece Guarnizo (2003), so pretexto de articular su concepto del vivir transnacional y al mismo tiempo agendar una línea de investigación comparada para los próximos años, ¿es posible pensar al (in)migrante en el rol permanente de agencia, en tanto es sujeto activo y dinámico en la reproducción de un mundo de vida? Si partimos de que como sujeto anclado a la dinámica de movilidades atraviesa -en continuo- distintos campos de intercambio social y espacios relacionales de simultaneidad que involucran y afectan a actores multisituados de la localidad a la translocalidad, de la nación a la transnación, de la verticalidad a la horizontalidad (Kivisto, 2001; Levitt y Schiller, 2004; Guarnizo, 2003).

Se trata de transitar hacia un cambio epistémico de los estudios transnacionales de (in)migración en los cuales, los efectos multiplicadores generados por las relaciones extendidas de los (in)migrantes con su tierra natal posicionan directa e indirectamente al (in)migrante con lo transnacional, otorgándole también influencia significativa como agente transformador; no sólo del desarrollo de sus localidades y países de origen, sino también de los procesos macroeconómicos globales, incluyendo los arreglos financieros internacionales, el comercio internacional, la producción y consumo de cultura. Así, el vivir transnacional se nutre de la red de relaciones sociales y culturales; políticas y económicas transfronterizas que emergen intencional e

inesperadamente, como presión global de los (in)migrantes donde por un lado, desean mantener y reproducir a distancia el ambiente socio-cultural de origen, pero también les dota de una dispersión dinámica “ya que lo transnacional no es un flujo que sólo fluye norte-sur o viceversa sino norte-norte y sur-sur” (Guarnizo, 2007, p. 153).

Kivisto (2001), en otro de sus análisis piensa lo transnacional como un posible subconjunto de otras teorías que intentan explicar el fenómeno migratorio como la teoría de la asimilación, la incorporación o el pluralismo. Empero, su sobrevaloración o subestimación es considerable la cantidad de estudios sobre (in)migración internacional en Latinoamérica y el mundo que se ha anclado sobre esa arena movediza que es el transnacionalismo. Algunos de ellos, de manera ligera, han hecho uso del concepto casi como sinónimo de lo internacional, generalizando a todo acto y sujeto de migración -a través de las fronteras de los Estados-nación- el carácter transnacional, en una suerte de metáfora migratoria.

En este trabajo, se apela a una cuarta generación donde la dimensión subjetiva permea el todo migratorio, constituyendo lo que aquí llamamos “el imaginario transnacional”. En otras palabras, responder ¿cómo se realiza la acción de los individuos (in)migrantes en tanto agencia frente al cambio cultural y la reproducción social en contextos de diferenciación de clase, etnia, raza y territorio? La apuesta de una cuarta generación de estudios, implica algo más allá de la evidencia del desplazamiento de personas y cosas de un origen a un destino o de un espacio a otro. Es decir, más allá del hecho de movilidad se trata de interconexión de ideas, símbolos, discursos, creaciones, diseños del yo y permanencias culturales, sociales políticas y económicas, que se constituyan como el repertorio recurrente de los sujetos al configurar o re-significar sus identidades y pertenencias profundas.

De acuerdo con Ariza y Portes (2007: 29), “las prácticas transnacionales no constituyen simplemente modos novedosos de agencia social en un entorno socioeconómico particular, sino que expresan patrones más profundos de cambio que no son siempre perceptibles”. De ahí que vale la pena repensar el transnacionalismo de hechos -llámense multiplicidad,

relaciones sociales desbordadas, vínculos y redes permanentes entre la comunidad de origen y los lugares de recepción- y dar paso al vivir transnacional entendido como un proceso intersticial que se desarrolla en la fisura entre lo concreto y lo abstracto; en el cual no sólo ocurre el desbordamiento de las fronteras y la nostalgia, sino de la imaginación (Glick Schiller et al. 1992; Basch et al. 1994; Guarnizo, 1994, 1996, 2003, 2007; Mahler, 1995; Smith, 2006; Adler, 2008).

En este sentido, la constitución de identificaciones de la simultaneidad y la parcialidad permiten construir códigos de intercambio en situaciones interminoritarias. Así, la diáspora latina vive, examina e inventa, sobre un discursos del presente y del pasado, del antes y el después de la sociedad huésped en una dinámica adaptativa de su *self make*, de su lenguaje y su cultura, creando un caló para cada geografía multicultural en la que posan su imaginario transnacionalizado. De ahí la idea de vivir una realidad cotidiana traslapada, auto-negociada, parcial y subjetiva.

Los migrantes catalizan su imaginario y lo transnacionalizan, basan en ello una libertad social que les impide caer en el sometimiento que normaliza la relación con aquellos que no pertenecen a su comunidad, la sociedad nativa. Negocian sus pertenencias cotidianamente sobre múltiples escenarios: la nación, el país huésped, la comunidad, el barrio, el enclave, el trabajo, la escuela y la familia.

Si las condiciones de existencia son buenas o no, los atributos de la imaginación en principio, les libera del cuerpo, les brinda movilidad intangible e ilimitada. Lo transnacional es ahora una condición del imaginario social donde de manera crítica intenta abarcar conocimiento cierto y empírico, algo invisible, algo intangible, pero sin duda real: “no se puede explicar ni el nacimiento de la sociedad ni las evoluciones de la historia por factores naturales, biológicos u otros, tampoco a través de una actividad racional de un ser racional (el hombre). En la historia, desde el origen, constatamos la emergencia de lo nuevo radical y, si no podemos recurrir a factores trascendentes para dar cuenta de eso, tenemos que postular necesariamente un poder de creación inmanente tanto a las colectividades humanas como a

los seres humanos singulares. Por lo tanto, resulta absolutamente natural llamar a esta facultad de innovación radical, de creación y de formación, imaginario e imaginación” (Castoriadis, 2006: 94).

En el cuestionamiento de formas convencionales de comprensión del todo migratorio, el transnacionalismo ha dotado sin duda de marcos interpretativos más amplios e incluyentes que ven al (in)migrante como sujeto y no objeto de lo global contemporáneo. La intermitente incorporación de esquemas más complejos de movilidades, no sólo reta a la academia a asir e incorporar cabalmente estos procesos y prácticas, sino que sobrepasa los dispositivos disponibles para coherentemente responder desde la gobernanza transnacional, un fenómeno que por mucho se presenta permanente.

Sobre la imaginación individual y social se levanta un nuevo imaginario transnacional como aparato de significación del pasado, el presente, lo vivido, el olvido y lo que viene, dicho de otro modo, se configura como herramienta cotidiana que los sujetos (in)migrantes colocan dentro de sus marcos interpretativos para dar sentido a su inserción y a los elementos que se les presentan día a día y de un sitio a otro, como capital anti-nostálgico.

Este estudio también muestra de manera latente las tensiones y límites de la integración de las nuevas generaciones de (in)migrantes latinoamericanos en sociedades urbanas anglosajonas, mientras que las oleadas migratorias del siglo XX todavía pudieron acceder al sueño americano, el contexto de marginalidad social y económica, genera un sistema de exclusión o marginalidad en el contexto de la América neoliberal, que se reproduce continentalmente como un *slum* (in)migratorio (tercer mundo anclado en *global cities*) que trasciende de las sociedades de origen hacia las sociedades de recepción.

Para los nuevos (in)migrantes, la apuesta (in)migratoria es cada día más riesgosa en cuanto a la fragilidad de la certidumbre y la seguridad que provee el presente y el futuro inmediato. Desde una perspectiva comparada, ni los (in)migrantes dominicanos ni los mexicanos establecidos en la ciudad de Nueva York, ha logrado lo que las sociedades (in)migrantes previas (italiana, alemana, rusa, judío) lograron en términos de su acomodación

sociocultural. La imagen del latinoamericano en este contexto (in)migratorio aún permanece fuertemente asociado a la lógica de la segmentación y segregación.

Sin embargo, si esto es observado desde el enfoque de la subjetividad y sentido del sujeto (in)migrante la escala valorativa necesariamente tiene que ser replanteada, ya que el joven (in)migrante no observa, ni construye sus expectativas y aspiraciones frente a la imagen del nativo anglosajón tradicional u ortodoxo, la construye y sostiene sobre una imagen autoconcebida de bienestar y malestar, que tiene sus cimientos en la sociedad de origen y en la sociedad inmediata de recepción, que bien puede ser el el *ghetto*, el enclave o el barrio de adscripción y pertenencia.

4. El “yo” nacional y latino en Nueva York

Cuando se habla de latinos en Norteamérica como una construcción homogénea, donde caben igual puertorriqueños que bolivianos, chilenos y mexicanos, se olvida que Latinoamérica es en sí un espacio de diversidad étnica, incluso al interior de cada una de estas naciones. Esta investigación trata de provocar con el título mismo una discusión alrededor del significado de ser latino y avanzar en las particularidades que habita este gran concepto desde una perspectiva territorial, social, cultural y política.

El análisis comparado de la comunidad (in)migrantes de origen dominicano y mexicano en Nueva York, adquiere relevancia dado que como se ha observado, Nueva York plantea otros retos que no son observables en el caso de otras ciudades que también cuentan con población de origen latino en EE. UU. Por ejemplo, Los Ángeles, California; El Paso Texas; o Miami en Florida presentan rasgos particulares en cuanto las formas de inserción e incorporación de los sujetos (in)migrantes, los cuales responden, tanto a las políticas migratorias, laborales, políticas y culturales locales como a sus posiciones tanto como *global cities* pero también en cuanto su posición geográfica.

Nueva York, ha sido históricamente un puerto de entrada para (in)migrantes de todas partes del mundo, sin embargo, la presencia o la

nueva incorporación de contingentes de latinoamericanos en su vida social e (in)migratoria es relativamente reciente, incluso es casi el único estado de la Unión Americana donde la población de origen mexicano no es la mayoría latina, esto, aunque parezca un dato menor, esto resignifica el todo social sobre el que se construye el imaginario (in)migratorio, que al final de día impacta en las políticas al interior de las ciudades.

Ser (in)migrante de origen dominicano o mexicano en Nueva York, no es lo mismo que ser mexicano y dominicano en Dallas, Texas o en la ciudad de San Diego en California. Si bien la lengua les permite intercambiar códigos, no hablan con las mismas palabras ni significan las cosas de la misma forma, por ello, el reto de conjugar e integrar en esta narrativa las experiencias y los sentidos de la (in)migración de estas poblaciones no sólo planteó un reto teórico y metodológico, también fue un reto discursivo, que culmina, quizá no con respuestas contundentes, pero sí con una serie de planteamientos para enriquecer las agendas académicas en las ciencias sociales tanto en las naciones receptoras como en las naciones de origen (in)migratorio.